

FÉLIX A. RIVAS GONZÁLEZ

Los materiales y las técnicas que ha empleado la arquitectura popular de la D.C. de Zaragoza dependen en buena medida de los recursos geológicos presentes en ella. Entre las rocas que pueden considerarse apropiadas para la construcción destaca la abundancia de piedra de yeso en grandes áreas así como la presencia más puntual de piedra caliza. La poca consistencia, y relativa poca abundancia, de ambos materiales podría explicar el predominio de las técnicas de la tierra cruda, aunque tampoco es raro su uso en forma de ruda mampostería muchas veces cubierta por un revoco en el caso de viviendas. En ocasiones, por el contrario, puede dejarse *a caravista* como ocurre en ciertos edificios de fachada ocupada completamente por mampostería de piedra de yeso en lo que puede constituir uno de los tipos de paramento popular, con su particular color y textura, más significativos y menos apreciados en esta zona y su entorno.

Entre las técnicas de la tierra cruda, el tapial parece ser la menos abundante o tal vez su escasez se deba a que pudo ser sustituido por el adobe en algún momento del siglo XIX. Es una antigua técnica que se desarrolla mediante un encofrado de madera que se va rellenando de tierra húmeda que hay que comprimir con la ayuda de un pisón. Presenta además grandes cualidades como aislante térmico, muy apreciables en el entorno estepario del valle medio del Ebro. Destaca por su belleza un tipo especial de tapial que cuenta en su interior con ladrillos embebidos y colocados a tizón.

El adobe, o *adoba*, es el otro material de tierra cruda presente en la arquitectura popular de la D.C. de Zaragoza. Al igual que el tapial, necesita siempre de un zócalo de mampostería que impida el ascenso de humedad desde el suelo, así como un remate superior adecuado que impida las afecciones negativas del agua de lluvia. Habitualmente las paredes



Paramento de adobas. Villanueva de Gállego



Piedra de yeso y ladrillo en la Torre de los Calvos (Malpica)



Horno de yeso. Torrecilla de Valmadrid

de adoba se cubrían con un revoco de barro o yeso, aunque en edificios auxiliares o estancias secundarias podía dejarse a la vista, por lo que muy lentamente la lluvia y el viento le van proporcionando una particular pátina de aspecto desgastado.

Otros materiales de relevancia empleados en esta arquitectura popular son el yeso, el ladrillo y la madera. El uso más frecuente del yeso ha sido como mortero para asentar las piezas de los muros pero también en pilares y forjados de planta así como en acabados de paredes tanto interiores como exteriores, techos y suelos. Su elaboración artesanal en pequeños hornos, siguiendo métodos que parecen no haber cambiado demasiado desde al menos el siglo XVI, se mantuvo viva hasta mediado el siglo pasado tal como testimonia el ejemplo de “hornal” conservado perfectamente en Torrecilla de Valmadrid. En la capital aragonesa se sabe que estos hornos estuvieron situados en plena ciudad, como en el llamado callizo de Aljaceros (actual calle de Luzán) en el barrio de la Magdalena.

Los ladrillos podrían considerarse, junto con el yeso, el otro material constructivo de referencia, siendo protagonista de la peculiaridad de carácter con que contaba hasta hace no mucho el paisaje urbano de la mayor parte de sus pueblos. Su uso preferente en los palacios y grandes casonas de Zaragoza capital, y el intento de

asemejarse a esta arquitectura de prestigio por parte de las familias más pudientes de cada localidad, hizo que un gran número de casas populares de cierta prestancia fueran elaboradas con este material que, en otros casos, se reservaba solo para puntos esenciales de la obra como las entradas, los pilares o los aleros. Su profusa utilización en paredes exteriores y aleros ha



Arquitectura de ladrillo, ejemplarmente restaurada, en la plaza del Planillo de Villamayor

dado lugar a algunos de los mejores rincones urbanos de la delimitación comarcal, como la plaza del Planillo, en Villamayor. Estos ladrillos eran elaborados de manera artesanal en tejares situados en emplazamientos cercanos al agua y la arcilla como materia prima, tal como lo estaban los conocidos del Arrabal de Zaragoza.

## Las casas y el paisaje urbano

Buena parte del paisaje urbano más apreciado por sus valores estéticos es el de los cascos históricos, teniendo todavía en ellos un gran papel las casas de la arquitectura popular. El de la ciudad de Zaragoza cuenta con unos cuantos edificios de los siglos XVII, XVII y XIX que responden a esta manera de construir. En el resto de núcleos rurales, la construcción de este tipo de edificios se prolongó hasta mediado el siglo XX, siendo menos numerosos los palacetes y grandes casonas (aunque adquiriendo por ello un fuerte protagonismo) y resultando mayoritarias las humildes casas de pequeños propietarios y jornaleros que, desafortunadamente, son las que menos atención han recibido durante el afán restaurador de las últimas décadas.

En ejemplos urbanos, y en los más distinguidos de los núcleos rurales, el diseño de la fachada de muchas casas buscaba asemejarse al conocido modelo de palacio renacentista que eclosionó en el siglo XVI y que se fue reproduciendo con diversas variantes durante los siglos posteriores. La traducción popular de este modelo podría considerarse una simplificación pero también una solución original basada en la abstracción funcional de sus elementos fundamentales. Se identifica fácilmente por estar compuesta por dos o tres pisos en el alzado, con paramento de ladrillo *caravista*, la entrada principal en arco de medio punto de ladrillo (a veces rasgado posteriormente por una entrada adintelada), ventanas colocadas de manera regular y muchas veces transformadas en balcones, y un característico último piso de pequeños vanos seriados (adintelados o en arco de medio punto), a modo de solanar, que proporcionaba además ventilación a su función interior de almacén y secadero de productos agrícolas.

Los modelos más humildes resultan mucho más parcos al exterior, aunque tampoco carecen de cierta belleza, especialmente cuando se integran en un conjunto bien conservado. Sus fachadas suelen responder a composiciones muy sobrias e irregulares, con predominio del macizo sobre los vanos según disposición propia de edificios con sistema de muros de carga. Sus entradas presentan un remate superior formado por una pieza recta o dintel de madera, las ventanas se distribuyen de forma arbitraria al estar pensadas siempre desde dentro hacia fuera, las carpinterías son sencillas, y la fachada, habitualmente revocada por mortero de yeso, era encalada cada año poco antes de las fiestas patronales, aunque en ocasiones el color blanco contrastaba con el azulete en torno a las ventanas o en el alero. Uno de los elementos menos apreciados hasta el momento en este tipo de casas son las “puertas falsas”, de apreciables valores por su variedad en colores y tramas, que consiguió a mediados del siglo XX hacerse un hueco en el diseño exterior de la vivienda más característica de la zona.



Vivienda tradicional en Cuarte de Huerva. Una de las pocas supervivientes de la *modernización* del antiguo casco urbano



Puerta falsa de La Puebla de Alfindén

Otra variante del modelo más humilde de casa popular es la de la **vivienda en cueva** excavada, que tiene un exponente singular en la localidad de Juslibol pero que también estuvo presente en otras, como Botorrita, María de Huerva, La Puebla de Alfindén, Villamayor o Zuera. Al contrario de lo que pudiera parecer, estas viviendas trogloditas no son muy antiguas sino que en buena parte parecen responder a un episodio puntual de expansión demográfica que se produjo a comienzos del siglo XX. En Juslibol constituyen una barriada surgida entre las laderas de varios barrancos que desembocan en la huerta. Su estructura interior es común a otras cuevas-vivienda del valle del Ebro y se caracteriza

por su desarrollo paralelo a la línea de fachada. Al exterior se resuelven mediante frentes verticales y encalados, delante de los cuales se extienden pequeñas explanadas. La perforación de la chimenea era la fase más problemática de la obra y, con su salida exterior, contribuye de manera decisiva a la conformación de un original panorama en el que se combinan con armonía la aridez del entorno y los elementos construidos.



Zuera, calle de Villanueva. Chimenea cónica de cañizo de una cueva-vivienda

Mención especial merece uno de los elementos más definitorios del aspecto exterior de la vivienda popular, el **alero**, que sirve de enlace entre el muro de fachada y la cubierta superior. Tres tipos principales de aleros pueden describirse en la zona: los de ladrillos, los de escocias o media caña de yeso, y los de canetes de madera. Los aleros de ladrillos son los más significativos y van desde los más sencillos de una sola hilada de ladrillos a tizón, más propios de las casas humildes, a los





Torrecilla de Valmadrid. Alero de “media caña”



María de Huerva. Alero de vigas de madera



Pastriz. Alero antiguo de ladrillo

que forman una cornisa de dos o tres hiladas, con ladrillos en diferentes posiciones o con alguna hilera de tejas muy voladas combinadas de diversas formas. Estos aleros pueden aparecer cubiertos totalmente por una capa de mortero de yeso. Los de madera pueden estar formados por el extremo de las vigas de la techumbre casi sin trabajar que se sitúan directamente bajo una superficie plana o en forma de bovedilla de yeso encalada, bajo tablas de madera o, en los casos más humildes, bajo el extremo de los cañizos de la cubierta. Los maderos provenientes de almadías pueden todavía distinguirse en los aleros de los edificios por su corte biselado o por dos característicos orificios a través de los que se pasaban algunas ramillas o mimbres que, entrelazados, aseguraban la unión entre los diferentes troncos desbastados que formaban la balsa. Otras veces, el extremo de las vigas se sustituye por unos delgados canecillos sencillamente tallados que aparecen siempre bajo tablas de madera.

## Los relictos paisajes periurbanos

Los conjuntos de eras y pajares, que ocupaban lugares especialmente visibles de cada localidad al necesitar emplazamientos de cierta altura y bien aireados, constituyen uno de los paisajes culturales de la delimitación comarcal que más se han visto deteriorados en las últimas décadas. El de Villanueva de Gállego por ejemplo, que en la década de 1970 conservaba perfectamente su particular estructura de mosaico formada por eras y pajares de muros de adobas, en la actualidad languidece entre solares abandonados y pajares arrinconados por granjas, naves de bloques de hormigón e incluso alguna manzana de viviendas adosadas.



María de Huerva. Portada lateral de la Posada de los condes de Fuentes



Villanueva de Gállego. Pajar

Mozota.

Peirón del Sagrado Corazón

Otro elemento singular situado siempre en el entorno de las localidades es el *peirón* o pílón, una pequeña construcción a modo de pilar exento, de mampostería o ladrillo, que se culmina por una urna con la imagen de una figura sagrada o por una placa de cerámica que la representa. Suele situarse junto a los principales caminos de entrada a la población y se le supone una finalidad profiláctica. Se conservan algunos ejemplares de interés en la propia Zaragoza (barrios de San Gregorio y de Jesús), en Villafranca de Ebro, Mozota, Mediana de Aragón, Jaulín y Rodén.

Una última tipología de edificio a destacar, localizado tanto en las afueras de algunas localidades como a lo largo de los principales caminos tradicionales, son las ventas y posadas que, por su volumen y soluciones constructivas pueden llegar a ser algunos de los mejores ejemplos conservados de las técnicas y materiales de construcción tradicionales.

### Torres y acequias en el paisaje de huerta

Se aventura en ocasiones un origen romano para el paisaje de huerta del entorno de la ciudad de Zaragoza aunque lo que puede darse por segura es la intervención en él de la cultura andalusí con su proverbial sabiduría en el diseño y manejo de las acequias. Otros hitos históricos nada desdeñables en este entorno fueron el aumento la de superficie regable a raíz de la conquista por la monarquía aragonesa o la radical transformación de la margen derecha del Ebro a finales del siglo XVIII con el avance del Canal Imperial de Aragón. No hay que dejar de lado, además, la existencia de franjas de huerta de mayor o menor anchura a lo largo de los ríos Gállego, Huerva y Ginel.

El primer elemento inmueble, intrínseco a este paisaje, son las propias acequias de las que no resulta posible hacer en este caso un listado exhaustivo aunque, entre todas ellas, cabría destacar las de la Almozara, Rabal, Camarera, Urdán, y las derivadas del Canal Imperial. Siendo constructivamente muy sencillas pueden, o no, estar excava-

das a ras del suelo o situarse sobre él, con un *cajero* de tierra prominente y casi siempre cubierto de cañares hasta la moderna tendencia de sustituirlo por un utilitario cauce de hormigón. Entre todos, el cajero de la acequia Camarera destaca por su gran anchura y, tal como ocurre en esta misma acequia, pueden presentar pequeños acueductos o discurrir bajo tierra para salvar ciertos desniveles del terreno.

El manejo de estas acequias conllevaba la existencia de toda una cultura del uso del agua, un recurso tan precioso



Término regante de Villamayor. Acequia de la Val, en la partida del Temblar, con cajero elevado

como escaso. Era necesario por tanto el respeto a unas sólidas normas o estatutos que garantizaran el reparto proporcional de turnos así como la correcta limpieza y mantenimiento de los cauces. Esta gran importancia de las acequias se reflejaba asimismo en pequeños acontecimientos de la vida cotidiana como en el barrio de Santa Isabel en Zaragoza, donde una vez realizada la limpieza invernal toda la población celebraba la llegada del agua a la acequia de Mambblas subiendo a esperar el agua riego arriba y, una vez que ésta había llegado, las madres mandaban a los hijos a coger agua pues le otorgaban ciertas cualidades especiales para la salud de animales y personas.

Íntimamente unidos a estas acequias podemos hallar restos de otros elementos construidos como los molinos hidráulicos (en Peñaflo, Villamayor o el recién restaurado a la altura del Barrio Jesús de Zaragoza) y los lavaderos. Entre estos últimos los hubo en gran número en la propia ciudad de Zaragoza, como el de la Balseta en San José de planta octogonal o el que parece ser el más antiguo de entre los de gran tamaño, el de Los Puentecicos, que aprovechaba el caudal sobrante de las Balsas de Ebro Viejo y que podía cobijar a 250 lavanderas a la vez.

Este paisaje de huerta custodia asimismo un tipo de hábitat disperso de larga historia, la “torre”, en claro contraste con el modelo de densos núcleos urbanos que protagoniza la ocupación humana tradicional en el centro del valle del Ebro. Ya a mediados del siglo XIX, el conocido geógrafo Pascual Madoz reconocía los valores paisajísticos de esta combinación de cultivos de regadío y viviendas de hábitat disperso describiendo el entorno de Zaragoza con esta prosa tan gráfica:

“la inmensa llanura [...] está sembrada de multitud de árboles de varias especies, de espesos arbustos y de álamos piramidales, que a manera de cipreses parecen quieren conducir a un respetuoso monumento; viéndose también en ella multiplicadas casas de campo y de recreo, donde el hombre se extasia y el alma recibe una expansión grata y saludable”.

Y es que la torre, entendida como unidad productiva y de explotación del entorno, fue generando un paisaje determinado que aún podemos testimoniar parcialmente en nuestros días.

Algunas de estas torres son de origen medieval, pudiendo en algún caso haber perdurado desde su condición de alquerías de época musulmana, como en el caso de la Torre Lindar, en el término de Villanueva de Gállego. Este hecho podría explicar el origen de su apelativo genérico ya que muchas almunias musulmanas se situaron junto a torres de protección ante las cabalgadas de los aragoneses previas a la conquista cristiana. Otras



Movera. La monumental Torre Morlans (mediados del s. XIX), con su cortejo de almacenes, granja y viviendas de colonos en proceso de ruina

torres, de época moderna, imitaron el modelo del palacio renacentista aragonés como la torre de San Lázaro en Movera, o se construyeron como grandes casonas de los siglos XIX y XX hasta el punto de llegar a llamarse “villa” o “quinta”, lo que podría relacionarse con un uso ya casi plenamente de ocio. Pero la gran mayoría no dejan de ser sencillas construcciones de arquitectura popular. Su proximidad a la ciudad de Zaragoza y su ubicación en emplazamientos estratégicos ha condenado a muchas de ellas, y ya la urbanización de la huerta de Santa Engracia para la Exposición de 1908 supuso la desaparición de algunas. Otro número considerable fue engullido por el

rápido avance de la ciudad consolidada y otras, como las que se ubicaban en el meandro de Ranillas, continúan desapareciendo en la actualidad.

Otra construcción habitual en este paisaje, y pendiente de estudio, es la caseta de apoyo a las faenas del hortelano, que siempre se construía con adobas y solía tener pequeño tamaño.



Tradicional caseta de huerta en Nuez de Ebro

## Hitos humanizados en el paisaje de secano

Un curioso fenómeno constructivo que podría considerarse exclusivo de la delimitación comarcal es la existencia de un hábitat disperso de carácter permanente en el paisaje de secano compuesto por las llamadas *casas de acampos*. En concreto, pueden localizarse en tres zonas diferentes del antiguo municipio de Zaragoza: los acampos altos entre los ríos Jalón y Huerva, los bajos entre la Huerva y el Ginel, y los situados entre la orilla derecha del Gállego, el Ebro y el monte del Castellar. Su existencia responde al largo proceso de privatización de las enormes extensiones de terreno no cultivado que rodeaban Zaragoza, denominadas “acampos”, que fueron originalmente adjudicadas a la propia ciudad en 1219 para su aprovechamiento como pastos de los ganados de sus vecinos. Posteriormente su gestión le fue adjudicada a la Casa de Ganaderos de Zaragoza y, más tarde, fueron pasando a manos particulares. En total llegaron a ser 31, además de algunos más en Zuera, Alfajarín y Fuentes de Ebro.

En cada uno de estos acampos se edificó una “casa” (también llamada en la documentación “paridera”) compuesta por un complejo de edificios con función mixta de habitación humana y uso ganadero. El origen de la mayor parte de ellas parece que puede remontarse al año 1699 cuando el ayuntamiento de Zaragoza, mediante la “Escritura de las Parideras”, concede permiso por primera vez a la Casa de Ganaderos para “edificar parideras o acampos” en los montes adhesionados y otorga licencia a otras siete que habían sido edificadas apenas dos años antes, incrementándose finalmente en 1730 en unas ocho más.

Su alzado suele estar presidido por una vivienda de dos plantas, a la que se unen otros edificios auxiliares como corrales y almacenes formando una línea





Casa del Acampo de Santa Engracia. Escudo



Paridera del Hospital. Conjunto, con la capilla en primer plano

o encuadrando uno o dos patios interiores de función ganadera. Algunas son construcciones de gran empaque, con elementos propios de otras tipologías, como escudos de armas e incluso capillas (como en los acampos del Hospital y Orús). Unas pocas se han reconvertido en casonas señoriales de recreo, muchas han caído en la completa ruina y unas cuantas han ido desapareciendo engullidas por la expansión de la ciudad y sus infraestructuras, algunas muy recientemente como las de Pérez Baerla (por el PTR López Soriano), Casellas (por Arcosur) o Gascón (por PLAZA), lo que ha conllevado lucrativas operaciones especulativas en las que el valor histórico y etnológico de estos edificios no ha tenido la menor presencia.

Otros muchos pequeños edificios salpican la inmensidad de campos y montes que ocupan la mayor parte de la superficie de la delimitación comarcal.

Entre ellos destacan por su número las **casetas** de apoyo a las faenas agrícolas, usadas como refugio más o menos temporal y también para guardar enseres y herramientas. Muchas de ellas responden a un modelo de caseta exenta y rectangular fabricada con muros de mampostería y cubierta por una o dos vertientes a base de cañizos y teja árabe, aunque a veces pueden llegar a carecer de tejas en respuesta a la extrema aridez del entorno y a la escasez de los recursos disponibles. Normalmente tienen entrada al abrigo del cierzo y, en su interior, pueden contar con hogar de bancos de piedra y pesebre con estacas en las paredes para los animales de labor.



Casetas de cubierta abovedada en los montes del término de Villafranca de Ebro

Otras están semiexcavadas o excavadas completamente en el terreno, y tienen una singular cubierta abovedada que al exterior presenta una forma ligeramente convexa con acumulación de tierra. Dos ejemplares aislados en Zuera con cubierta cupulada enlazan con ejemplares monegrinos similares, como los *tambores* de Robres o de Alcubierre. En algunos lugares esta función de refugio



Término de Villafranca de Ebro. La paridera de San Martín, con su excepcional caseta de pastor octogonal, antes del expolio de sus tejas

ocasional la cubrían cuevas excavadas, como las de Zuera en cuyo término se han contabilizado una treintena.

Los corrales de ganado, o **parideras**, cumplían una importante función de resguardo para el ganado ovino. Suelen estar contruidos en mampostería y presentan un tipo característico de planta rectangular compuesta por una parte cubierta abierta al Este o Sureste, otra descubierta y algo mayor de tamaño, y una caseta como lugar de habitación para los pastores. Algunos de estos corrales han sido usados durante siglos como lugares de acogida de los rebaños trashumantes pirenaicos en sus estancias invernales, y no resulta difícil encontrar inscripciones de pastores pirenaicos en algunas de ellas como la extraordinaria caseta de la paridera de San Martín en Villafranca.

La necesidad de contar en este medio casi desértico con cierta reserva de agua, para labradores y pastores, pero también para animales de labor y rebaños, unida a la dificultad añadida por la composición



Jaulín. Pozo del Contadero

yesífera o caliza del suelo, incidió en la abundancia en este paisaje de pequeños **aljibes**, popularmente denominados “pozos”, que almacenaban el agua de lluvia caída en sus proximidades mediante un canalillo realizado desde una ladera próxima. Su tipología más habitual es la de un depósito abierto, excavado en el terreno, de planta circular, tamaño muy diverso y con un pequeño muro que levanta sobre el nivel del suelo. Más escasos son los **pozos** que acceden por excavación al nivel freático subterráneo y que se coronan por un pequeño brocal circular con



Zuera. Abejar del Boticario

dos avances en altura sobre los que apoya una barra de la que pende una carrucha para subir y bajar el “pozal”. Para complementar a estos pozos y aljibes dedicados al consumo de personas y caballerías se acondicionaban **balsas** de recogida de agua de lluvia como lugar de abrevada de los rebaños de ovejas y cabras. La fisonomía de estas balsas suele ser de forma ovalada aunque también las hay con forma de lágrima o aproximadamente circulares. Todas ellas tienen una o dos agujeras en forma de canalillo excavado ligeramente, que se encargan de encauzar el agua de lluvia de una zona en torno a la balsa y conducirla a su interior. Su fondo está forrado de una capa de arcilla y tiene un nivel algo inferior al del suelo circundante. Además, aparecen casi siempre rodeadas por un amontonamiento de tierra en forma de anillo.

Otro valioso testimonio material de un oficio completamente transformado en la actualidad son los característicos **abejares** presentes en los términos de Jaulín y Villamayor, pero sobre todo abundantes en el de Zuera. Tienen forma de gran corral en ladera dentro del cual, en su parte superior, se sitúan los restos de un pequeño edificio en cuya cara delantera los muros estaban cuajados de huecos a modo de colmenas. Estos abejares responden al modelo de abejar de *colmena horizontal de obra* distribuido por una ancha franja de la mitad occidental de Aragón.



Vasos de abejar en el Barranco de las Casas





Monte de Alfajarín. Palomar de la Balsa Salada (recientemente desaparecido)

No muy numerosos, pero aún menos conocidos, son los **palomares** de la zona, con aspecto de torre, en el interior de la cual las paredes aparecen llenas de nidas. Entre ellos cabe destacar el de Valsalada en el monte de Alfajarín, perdido recientemente, y el extraordinario de la Casa de la Cuenca en Zuera, con su original apariencia de torre de iglesia.

## Bibliografía

ALLANEGUI BURRIEL, Guillermo J. *Arquitectura popular de Aragón*. Zaragoza, Librería General, 1979.

ANSÓN NAVARRO, Arturo. "El urbanismo, la arquitectura y las artes en Zaragoza durante la época de Baltasar Gracián (1620-1660)" en *Zaragoza en la época de Baltasar Gracián*. Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 2001.

BLÁZQUEZ, Carlos. *Zaragoza. Dos milenios de agua*. Zaragoza, Acualis, 2005.

BOURRUT LACOUTURE, Henri. "La torre, hábitat disperso en vía de extinción" en *Hábitat disperso y desarrollo rural*. Zaragoza, Publicaciones del Rolde de Estudios Aragoneses y Asociación de Desarrollo del Maestrazgo, 2008.

GERMÁN ZUBERO, Luis. "Acampos. El proceso de privatización de los pastos en Zaragoza (1699-1901)", *Agricultura y Sociedad* 79 (1996).

MARCUELLO, José Ramón y MULLOR, Rufina (coord.). *Escritos sobre el agua. Talleres para la recuperación de la Memoria Hidráulica*. Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 2006.

MONESMA, Eugenio (dir.). *Cuevas de Juslibol* (vídeo). Huesca, Pyrene P.V., 1996.

VILLAR MARCÉN, José Manuel. *Biografía de un paisaje. Zuera*. Zuera, Edición del autor, 2006.